

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
N° 32 Segundo Semestre de 1992

HUMANIDADES

Los orígenes del teatro latinoamericano moderno: 1880-1930, <i>Grínor Rojo</i>	9	años treinta, <i>Mario Sznajder</i> . Trad. de Alfredo Jocelyn-Holt L.	169
Imágenes de José María Arguedas, <i>Pedro Lastra</i>	27	Universidad y creatividad, <i>Pablo Oyarzún</i>	195
A propósito de <i>Cuando entonces</i> , de Juan Carlos Onetti, <i>Jaime Concha</i> ..	39	Conquista, traducción y lenguaje misionero en el siglo XVI, <i>Ricardo Salas A.</i>	209
Relaciones asociativas en torno al "Canto negro" de Nicolás Guillén, <i>Ambrosio Rabanales</i>	49	La percepción del tiempo en la Colonia: Poderes y sensibilidades, <i>Jaime Valenzuela M.</i>	225
<i>Angurrientos</i> de Juan Godoy: rotos, indeterminación, sexualidad y un nuevo verosímil, <i>Román Soto</i>	73	El arqueólogo y los objetos de la cultura material: El caso de Tierra del Fuego, <i>Mauricio Massone M.</i>	245
Cábala, fantasía, ideología: Apostillas diacríticas, <i>Saúl Sosnowski</i>	85		
Biobibliografía de Juan Radrigán, <i>Justo Alarcón y Jaime Fuenzalida</i>	93		

CIENCIAS SOCIALES

La visión del Nuevo Mundo en los "Ensayos" de Montaigne, <i>Pierre Soelke</i>	125	En torno a Karl Popper	253
El historiador y su tiempo, <i>Carlos Bascuñán E.</i>	161	Rubén Darío, corresponsal de <i>El Mercurio</i> de Valparaíso en la Exposición Mundial de París. Recopilación de <i>Pedro Pablo Zegers B.</i>	291
El nacional socialismo chileno de los		Conversación con Guillermo Blanco	321
		Presentación del libro de poemas, <i>Las cenizas de las sombras</i> de Roque Esteban Scarpa	337
		La caída de un régimen y el fin de un ideal, <i>Rafael Sagredo B.</i>	343

TESTIMONIOS



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
N° 32 Segundo Semestre de 1992



HUMANIDADES

Los orígenes del teatro latinoamericano moderno: 1880-1930 (notas para una nueva historia), <i>Grínor Rojo</i>	9
Imágenes de José María Arguedas, <i>Pedro Lastra</i>	27
A propósito de <i>Cuando entonces</i> , de Juan Carlos Onetti, <i>Jaime Concha</i>	39
Relaciones asociativas en torno al "Canto negro" de Nicolás Guillén, <i>Ambrosio Rabanales</i>	49
<i>Angurrientos</i> de Juan Godoy: rotos, indeterminación, sexualidad y un nuevo verosímil, <i>Román Soto</i>	73
Cábala, fantasía, ideología: Apostillas diacríticas, <i>Saúl Sosnowski</i>	85
Biobibliografía de Juan Radrigán, <i>Justo Alarcón R. y Jaime Fuenzalida</i>	93

CIENCIAS SOCIALES

La visión del Nuevo Mundo en los "Ensayos" de Montaigne, <i>Pierre Soelke</i>	125
El historiador y su tiempo, <i>Carlos Bascuñán E.</i>	161
El nacional socialismo chileno de los años treinta, <i>Mario Sznajder</i> . Trad. de Alfredo Jocelyn-Holt L.	169
Universidad y creatividad, <i>Pablo Oyarzún</i>	195
Conquista, traducción y lenguaje misionero en el siglo XVI, <i>Ricardo Salas A.</i> ..	209
La percepción del tiempo en la Colonia: Poderes y sensibilidades, <i>Jaime Valenzuela M.</i>	225
El arqueólogo y los objetos de la cultura	

material: El caso de Tierra del Fuego, <i>Mauricio Massone M.</i>	245
---	-----

TESTIMONIOS

En torno a Karl Popper	253
Rubén Darío, corresponsal de <i>El Mercurio</i> de Valparaíso en la Exposición Mundial de París. Recopilación de <i>Pedro Pablo Zegers B.</i>	291
Conversación con Guillermo Blanco ...	321
Presentación del libro de poemas, <i>Las cenizas de las sombras</i> de <i>Roque Esteban Scarpa</i>	337
La caída de un régimen y el fin de un ideal, <i>Rafael Sagredo B.</i>	343

COMENTARIOS DE LIBROS

José Toribio Medina Z., <i>La imprenta en Lima: 1584-1824</i> . <i>Felipe Vicencio E.</i>	363
Osvaldo Soriano, <i>Una sombra ya pronto serás</i> . <i>Tomás Harris E.</i>	368
Alfonso Calderón, Pedro Lastra y Carlos Santander, <i>Antología del cuento chileno</i> . <i>Miguel Gomes.</i>	369
Luis Navarrete Orta, <i>Literatura e ideas en la historia hispanoamericana</i> . <i>Justo Alarcón R.</i>	372
Renato Cristi y Carlos Ruiz, <i>El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos</i> . <i>Sofía Correa S.</i>	373
Roque Esteban Scarpa, <i>Las cenizas de las sombras</i> . <i>Verónica Griffin.</i>	378
Principales actividades de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Primer semestre 1992.	381



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

AUTORIDADES

Ministro de Educación
Sr. Ricardo Lagos Escobar

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos
Sr. Sergio Villalobos R.

Director Responsable
Sr. Alfonso Calderón

Secretario de redacción
Sr. Pedro Pablo Zegers B.

CONSEJO EDITORIAL

Sr. Alfonso Calderón

Sr. Marcos García de la Huerta

Sr. Manuel Antonio Garretón

Sr. Jorge Hidalgo

Sr. Alfredo Jocelyn-Holt L.

Sr. Mario Orellana

Sr. Hernán Poblete Varas

Fotografías: *Juan César Astudillo*

RUBEN DARÍO,
corresponsal de *El Mercurio* de Valparaíso en
la Exposición Mundial de París*

ENTRE LAS FLORES...

París, 24 de abril de 1900

On n'a jamais admiré une rose parce qu'elle ressemble a une femme, mais on admire une femme parce qu'elle ressemble à une rose. Esta admirable frase de un maestro de estética ha venido a mi pensamiento al sentir en el palacio de la Horticultura y de la Arboricultura el suave encanto floral de tanta exquisita colaboración de la naturaleza y del hombre como se expone en mazos, girándulas, ramilletes, cestos y plantíos. Y he recordado también al loco admirable que se enamoró de una flor y mantenía por ella la pasión que se concibe únicamente por una mujer. A la entrada de la exposición por la puerta monumental, ya se impone la habilidad y el gusto de los modernos La Quintinil, en la ordenada gracia de las arboledas, en la avenida elegante y noblemente decorativa, los *parterres* con sabiduría dispuestos, y los macizos de flores nuevas que exteriorizan como el gozo y la sonrisa de la tierra. La caricia de la recién llegada primavera lustra las hojas de los castaños, aterciopelados céspedes, pone como un deseo de expansión amorosa en tanta corola fina y fresca. Aquí se ha vertido el tesoro de los *serres*, la riqueza florida de *Longechamps*, del *Parc des Princes de Auteuil*, aumentando el acervo de la capital; y en los soberbios jardines de los Campos Eliseos, poetas de la jardinería han recurrido a sus clásicos, y con ellos y la inventiva o inspiración propias, han llevado a cabo poemas que habrían deleitado a Poe, quien, como sabéis, consideraba este oficio, de dulzura y de paciente ejecución, como una de las Bellas Artes.

Árboles extranjeros, frondosas pawlonias, copudos árboles de Francia, ofrecen sombra y meditación: y los soñadores chorros de agua —tan dulces bajo la luna y en Verlaine— hacen sus juegos y cantan tenuemente versos versalleses.

Mas en el palacio de las flores, que está a la orilla del río, se entroniza la esplendor de esas bellas y delicadas cosas, de modo que no dejan que se aparte la mirada de su varia maravilla y de su tentadora gracia. Los tres *serres* en combinación triangular encierran la vasta joyería perfumada. Llega el sol como a través de un velo de opaca muselina, de manera que no ofenda tanta fragilidad de color, ni disminuya el encanto de las medias tintas. En este pequeño imperio creería verse un revuelo de pájaros y amores. Los amores pasan, al lado de sombreros claros y de trajes que son labores artísticas; los

* Recopilación de Pedro Pablo Zegers B.

sombreros sobre cabezas que se armonizan divinamente con las flores; los trajes producto de las tijeras y agujas más pimpleas, revelando exquisitas místicas de líneas y de formas. Y se me antoja pensar que la frase ruskiniana traducida por Sizeranne, bien pudiera volverse al revés: *On n'a jamais admiré une femme parce qu'elle ressemble a une rose, mais on admire une rose parce qu'elle ressemble a une femme.*

Grato deliquio de los ojos, hay ya una explosión de rosas rojas, ya un grupo exhuberante de rosas blancas; un derrame de tintas violetas, o la sutil sordina de las lilas, las paletas desfallecientes, la gradación casi imperceptible de las suavísimas coloraciones. La preciosa *misa de las flores* de Gutiérrez Nájera y antes de Víctor Hugo, me canta en el alma. Atraen las flores que se asemejan a niñas enfermizas, flores delicadas, para vasos venecianos, —ciertos vasos que según Mauclair son seres vivos—, un casi desvanecido género de violetas casi blancas; ciertas pálidas mimosas; lirios de una celeste anemia, o las anémonas que sueñan, y tienen por obra del consonante, entre las flores amorosas, su moro de Venecia.

Enormes, enormísimas rosas, de un rojo veroniano, instalan los anchos vuelos de sus trajes purpúreos. Los lises se erigen en la *réverie* de invisibles anunciaciones, y los tulipanes de color, y los tulipanes cremas y blancos, tienen en los pétalos entreabiertos como una sensualidad labial. Las flores triunfan, las flores expresan delicias primitivas, a través de los tiempos y de “las avalanchas de oro del viejo azul” que promulga el celeste verso de Mallarmé. Luego son las flores extrañas, de jardineros simbolistas y decadentes, de señoritas Boticelli, de poetas malignos y de *mister* Chamberlain.

Entre la orquestación de todos los perfumes, las orquídeas lanzan sus notas enervadoras. Con sus nombres de venenos exhiben sus extraordinarias formas. Aroídeas, guarías, alocasias, el *anthurium* colombiano, *cypripedium* toda la flora propicia a *Des Esseintes*, semejantes a objetos, a animales, aun a mujeres; lisas o vellosas y arrugadas, caracolares o atirabuzonadas, metálicas o sedosas, casi hediondas, o de perfume femenino, como bocas de víboras o como corsés, orgullosas, pomposas, provocantes, obscenas, en la más inaudita polimorfía, en la variedad extravagante extraída, se diría de los lugares secretos, de los senos ocultos de la naturaleza vegetal.

Detenerme más en análisis y nomenclaturas sería repetir a Huysmans, o recurrir a los formidables inventarios zolcoscos, caros a la literatura Roret. Pero he de recordar una visión obsesionante, un iris casi marchito cuya expresión verdaderamente animada pugnaba por traducir a los ojos del artista no sé qué misterios de esos mundos herméticos en que las relaciones de forma, y de color y de ademán tienen una clave en ocasiones casi adivinada por el comprensivo y por el poeta. Era una flor con faz *propia*, y cuyo retrato habría hecho a maravilla una de estas dos inquietantes pintoras: *madame* Bonemin o *madame* Louise Desborde, la Rachilde del pincel.

La onda de aromas pesa por fin entre tanta exhalación distinta, a modo de llegar a causar opresión o mareo. Busco una salida para ir a respirar el aire de afuera, y contemplar la orilla izquierda del Sena, que se divisa mági-

camente por los vidrios; y se presentan a mi imaginación, como en una galería pintada por un pintor de ensueños, en...

La terre jeune encore te vierge de désastres,

las faces de flores mallarmeanas: la gladiola fiera, el rojo laurel, el jacinto, y, "semejante a la carne de la mujer, la rosa cruel. Herodías en flor del jardín claro regado por una sangre feroz y radiante"; y el lirio "de blancura que solloza"...

Hosannah sur le cistre et sur les encensoirs

Nôtre Père, Hosannah du jardin de nos Limbés!

Et finisse l'écho par les mystiques soirs

Extase des regards seintillement des nimbes!

Mas en el gran departamento del fondo me llama otro espectáculo: y lo primero, las papas ¡Qué me dices de las papas! En cestitos, o en grandes montones, las hay de todas clases. La patatita *mignone*, flor de Parmentier, que me parece más comparable a *l'orteil du seraphin que le dioni laurier* del poeta esotérico; la patata enorme, que una sola persona no podría concluir y que el prenaturista Bernardino habría creído hecha de *ex professo* por la buena Divinidad para ser comida en familia; patatas doradas, pálidas, rojizas, lisas o de cortezas ásperas con lunares y hoyuelos o sin ellos; patatas redondas, alargadas, aperadas, o aovadas, toda suerte de patatas, que me hacían pensar en los cucuruchos llenos de las fritas sabrosísimas, que ha cantado líricamente mi amigo Enrique Gómez Carillo, y que muerden y mascan con verdadera sensualidad las más lindas bocas de la capital de Francia. Luego desfilo ante el grupo de los nabos y zanahorias, de los espárragos como cetros, de los zapallos que obligan a la veneración con sus inmensas panzas monaeales, y una cantidad de más variadas legumbres, desde las majestuosas calabazas hasta las finas arvejas. Y habiendo cumplido en mi tarea con dar una parte a la idea del ensueño y otra a la idea del puchero, salgo contento, en la creencia de que he tenido un buen día.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 16 de junio de 1900).

EL VIEJO PARÍS

Viejo París, 30 de abril de 1900

Estoy en el viejo París, la curiosa reconstrucción de Robida. Aunque, como todo, no está todavía completamente concluido, la impresión es agradable. Desde el río, la vista de los antiguos edificios se asemeja a una decoración teatral. Casas, torrecillas, techos, barrios enteros evocados por el talento de un artista ingenioso y erudito, halagan al contemplador con su pintoresca perspectiva.

Al entrar, ya se ve uno que otro *travesti*, desde el arcabucero o el lancero que se pasean ante los portales, hasta las vendedoras de chucherías que tras los mostradores y las mesitas erigen en las graciosas cabezas el alto gorro picudo cuyo nombre en viejo francés se me traspapela en la memoria. El sol se cuele por los armazones de madera, se quiebra en las joyas y dorados de las ventanas y en las brigandinas de los soldados; y un aire de vida circula, el mismo que la primavera sopla sobre la exposición enorme y fastuosa sobre el glorioso París.

Como la imaginación contribuye con la generosidad de su poder, no puede uno menos que encontrar chocante, en medio de tal escenario, la aparición de una levita, de unos prosaicos pantalones modernísimos y del odioso sombrero bautizado *galera*, que llegan a causar un grave desperfecto a la página de vieja vida que uno se halla en el deseo de animar así sea por cortos instantes. Si las cosas actuales anduvieran de otro modo, allí se debería entrar con traje antiguo y hablando en francés arcaico. Entre tanto, conformémonos.

La puerta de *Saint Michel* alza sus techos coronados de banderolas y abre la ancha ojiva de su entrada hacia el Sena. La calle *Vielles-Écoles* presenta su barriada pintoresca, sus fachadas angulares, balcones y ventanales; por los pasajes anchos se oyen risas alegres de visitantes; en una calle un émulo de Nostradamus, por unos cuantos céntimos dice el horóscopo a quien lo solicita; y hay *badands* que se hacen decir el horóscopo y dan los céntimos.

Creo que hace falta la figura de Sarrazin el de las aceitunas, circulando por estos lugares y repartiendo como en Montmartre sus anuncios rabelesianos y vendiendo su sabrosa mercancía.

Robida, el reconstructor es, como sabéis, hábil dibujante y escritor de chispa. Su erudición artística y arqueológica se demuestra en esta tentativa, como su talento picaresco y previsor ha podido, en amenos rasgos, imaginar costumbres, arquitecturas y adelantos científicos de lo porvenir. En esta obra que he visitado y que será de seguro uno de los principales atractivos de la exposición, quiso hacer algo variado, aunque reducido.

Hay edificio que se compone de varias construcciones, y que restituye así, en una sola pieza, distintos motivos que recuerdan tales o cuales tipos a los arqueólogos.

Las diversiones del viejo París no están aún abiertas, con excepción de un teatro en donde nos hemos llevado algunos un soberano chasco. ¡Imaginaos que no es poco venir a encontrar en el viejo París, en vez de recitaciones de trovadores o juegos de juglares, una zarzuela infantil que está dando *La viejecita* del maestro Caballero! Faltan aun los juglares en donde se pueda comer platos antiguos en su correspondiente vajilla, y las tabernas con sus mozas hermosas que sirvan la cerveza. Falta el pasado París de las escuelas, que hiciese ver un poco de la vida que llevaban los clásicos *escholiers*, y que cuando vinieran sus colegas de Salamanca o de Oviedo con sus bandurrias y sus guitarras, les saludasen en latín, y renovasen en cada cual un Juan Frollo de *Nôtre Dame de París*. Falta que no se mezclen en los puestos de bisutería y bebidas, los disfraces medievales con los tocados modernos; pues ahora se suelen ver unos pasos

anacrónicos que ponen involuntariamente la sonrisa en los labios. Falta asimismo presentar la sección de los oficios y resucitar los gritos de *París*, con señalados vendedores ambulantes.

La animación falta al barrio de la Edad Media, al barrio de los Mercados, en que ha de revivir el siglo XVII; Las instalaciones de la calle *Foire, Saint Laurent, Chatelet y Pont au Change*.

Cuando todo esté abierto y dispuesto, el aspecto no podrá menos que ser en extremo atrayente. Lo que no juzgo propio es la concesión que se hará al progreso y a la comodidad, con sacrificio de la propiedad. Por la noche en vez de multiplicar las linternas de la época, se verán brillar en los renovados barrios, lámparas eléctricas.

Se anuncian para dentro de poco festivales, justas y torneos, y no sé si cortes de amor. Es una lástima que no se haya tenido todo lo preciso preparado para que no saliese el visitante algo descontento después de una vuelta por esta obra inconclusa. Entre lo que llama la atención ahora, están las distintas enseñas de las tiendas y los puestos, copiados de viejas colecciones. Al pasar se evocan nombres que constituyen época: Villón, Flamel, Renaudot, Etienne Marcel. Quizás dentro de pocos días se vean ya con un alma estas cosas; y al pasar por lo de Molière creamos ver al gran cómico, y en otro lugar sospechemos encontrarnos con el redactor de la *Gazette*; y al cruzar frente a la iglesia de *Saint Julien des Ménétriers*, oigamos sonos de viola y gritos de saltimbanquis.

No me perdonaríais que pusiese cátedra de arquitectura y comenzase en estas líneas una explicación y nomenclaturas técnicas de edificios, calles y barrios. Mas permitidme que os envíe la impresión del golpe de vista, en una tarde apacible y dorada, en que he mirado deslizarse a mis ojos el ameno y arcaico panorama.

Desde lejos, suavizados los colores de la vasta decoración, la visión es deliciosa, cubre el puente de *l'Alma* y el palacio de los ejércitos de mar y tierra.

Al paso que avanza el *batteau-mouche*, se reconoce, en el oro del sol que se pone, la torre del Arzobispado, y las dos naves de la Santa Capilla, la construcción pintoresca del *Palais*, con su Grande *Sallez*, el Molino, el Gran *Chatelet*, con su aguda torrecilla; la fonda *Cour de Paris* y cerca el hotel de los Ursinos, el de Coligny; la gran *Chambre des Comptes de Louis XII*; la iglesia de *Saint Julien des Ménétriers*, y buena cantidad de edificios más que os habéis acostumbrado a ver en los grabados y a distinguir en los planos, hasta la puerta de *Saint Michel* y el portal de la Cartuja de Luxemburgo.

Y como el espíritu tiende a la amable regresión a lo pasado, aparecen en la memoria las mil cosas de la historia y de la leyenda que se relacionan con todos esos nombres y esos lugares. Asuntos de amor, actos de guerra, belleza de tiempos en que la existencia no estaba aún fatigada de prosa y de progreso prácticos cual hoy en día. Los loyes y villanelas, los decires y rondeles y baladas que los poetas componían a las bellas y honestas damas que tenían por el amor y por la poesía otra idea que la actual, no eran apagados por el ruido de las industrias de los tráficos modernos.

Por las noches será ese refugio grato para los amantes del ensueño. Ignoro

si los turistas caros de Baedeker, los ingleses angulares y los que de todas partes del globo vienen a divertirse en el sentido más *sweell* de la palabra, gozarán con la renovación imaginaria de tantas escenas y cuadros que el arte prefiere.

En cuanto a los poetas, a los artistas, estoy seguro de que hallarán allí campo libre para más de una dulce *réverie*. Tanto peor para lo que, entre las agitaciones de la vida turbulenta y aplastante, no pueden tener alguna vez siquiera el consuelo de sacar de la propia mina el oro de una hermosa ilusión.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 17 de junio de 1900).

LOS COMIENZOS DE LA EXPOSICIÓN. PSICOLOGÍA DEL VISITANTE

París, 20 de abril de 1900

En el momento que escribo, la vasta feria está ya abierta. Aún falta la conclusión de ciertas instalaciones: aun dar una vuelta por el enorme conjunto de palacios y pabellones es exponerse a salir lleno de polvo. Pero ya la ola repetida de este mar humano ha invadido las calles de esa ciudad fantástica que, florecida de torres, de cúpulas de oro, de flechas, erige su hermosura dentro de la gran ciudad.

Hay parisienses de París que dicen que los parisienses se van lejos al llegar esta invasión del mundo; yo sólo diré que las parisienses permanecen, y entre los grupos de *english*, entre los blancos albornoces árabes, entre los rostros amarillos del extremo oriente, entre las faces bronceadas de las Américas latinas, entre la confusión de razas que hoy se agita en París, la fina y bella y fugaz silueta de las mujeres más encantadoras de la tierra, pasa. Es el momento en que empieza el inmenso movimiento. La obra está realizada y París *ve* que es buena. Quedará por la vida, en la memoria de los innumerables visitantes que afluyen de todos los lugares del globo, este conjunto de cosas grandiosas y bellas en que cristaliza su potencia y su avance la actual civilización humana.

Visto el magnífico espectáculo como lo vería un águila, es decir, desde las alturas de la torre Eiffel, aparece la ciudad fabulosa de manera que cuesta convencerse de que no se asiste a la realización de un ensueño. La mirada se fatiga, pero aún más el espíritu ante la perspectiva abrumadora, monumental. Es la confrontación con lo real de la impresión hipnagógica de Quincey. Claro está que no para todo el mundo, pues no faltará el turista a quien tan sólo le extraiga tamaño contemplación una frase paralela al famoso *¡Que d'eau!* A la clara luz solar con que la entrada de la primavera gratifica al cielo y suelo de París, os deslumbra, desde la eminencia, el panorama.

Es la agrupación de todas las arquitecturas, la profusión de todos los estilos, de la habitación y el movimiento humanos; es Bagdad, son las cúpulas de los

templos asiáticos; es la Giralda esbelta y ágil de Sevilla; es lo gótico, lo romántico, lo del Renacimiento; son “el color y la piedra” triunfando de consuno; y en una sucesión que rinde, es la expresión, por medio de fábricas que se han alzado como por capricho para que desaparezcan en un instante de medio año, de cuanto puede el hombre de hoy por la fantasía, por la ciencia y por el trabajo.

Y el mundo vierte sobre París su vasta corriente como la concavidad maravillosa de una gigantesca copa de oro. Vierte su energía, su entusiasmo, su aspiración, su ensueño; y París todo lo recibe y todo lo embellece cual con el mágico influjo de un imperio secreto. Me excusaréis que a la entrada haya hecho sonar los violines y trompetas de mi lirismo; pero París ya sabéis que bien vale una misa; y yo he vuelto a asistir a la misa de París, esta mañana, cuando la hostia de Hugo se alzaba dorando aún más el dorado casco de los Inválidos, en la alegría franca y vivificadora de la nueva estación.

Una de las mayores virtudes de este certamen, fuera de la apoteosis de la labor formidable de cerebros y de brazos, fuera de la cita fraterna de los pueblos todos, fuera de lo que dicen al pensamiento y al culto de lo bello y de lo útil el arte y la industria, es la exaltación del gozo humano, la glorificación de la alegría, en el fin de un siglo que ha traído consigo todas las tristezas, todas las desilusiones y desesperanzas. Porque en esta fiesta el corazón de los pueblos se siente en una palpitación de orgullo; y el pensador y el trabajador ven su obra; y el oidente adivina lo que está próximo, en días cuyos pasos ya se oyen, en que ha de haber en las sociedades una nueva luz y en las leyes un nuevo rumbo y en las almas la contemplación de una aurora presentida. Pues, esta celebración que vendrán a visitar los reyes, es la más victoriosa prueba de lo que pueden la idea y el trabajo de los pueblos. Los pabellones, las banderas, están juntos, como los espíritus. Se alzan como estrofas de alados poemas las fábricas pintorescas, majestuosas, severas o risueñas que han elevado, en cantos plásticos de paz, las manos activas. Y todas las razas llegan aquí como en otros días de siglos antiguos acudían a Atenas, a Alejandría, a Roma. Llegan y sienten los sordos truenos de la industria, ruidos vencedores que antes no oyeron las generaciones de los viejos tiempos; el gran temblor de vida que en la ciudad augusta se percibe, y la dulce voz de arte, el canto de armonía suprema que pasa sobre todo en la capital de la cultura. Dicen que invaden los yanquis; que el influjo de los bárbaros se hace sentir desde hace algún tiempo. Lo que los bárbaros traen es, a pesar de todo, su homenaje a la belleza precipitado en *dollars*. El ambiente de París, la luz de París, el espíritu de París, son inconquistables; y la ambición del hombre amarillo, del hombre rojo, del hombre negro que vienen a París, es ser conquistados. En cuanto a la mayoría que de los cuatro puntos cardinales se precipita hoy a la atrayente feria, merecen un capítulo de psicología aparte que quizá luego intente.

Más grande en extensión que todas las exposiciones anteriores se advierte desde luego en ésta la ventaja de lo pintoresco. En la del 89 prevalecía el hierro —que hizo escribir a Huysmans una de sus más hermosas páginas—, en ésta la ingeniería ha estado más unida con el arte; el color, en las blancas archi-

tecturas, en los palacios grises, en los pabellones de distintos aspectos, pone su nota, sus matices; y el “cabochon” y los dorados, y la policromía que impera, dan por cierto, a la luz del sol o al resplandor de las lámparas eléctricas, una repetida y variada sensación miliunanochesca.

La vista desde la Explanada de los Inválidos es de una grandeza soberbia; una vuelta en el camino que anda, es hacer una viaje a través de un cuento, como un paseo por el agua en uno de los rápidos vaporcitos.

No hay que imaginarse que en cada una de las construcciones surga una nueva revelación artística, por otra parte. Notas originales hay pocas, pero las hay, ante las grandes combinaciones de arquitectos que han procurado “deslumbrar” a la muchedumbre. Los palacios de los Campos Elíseos, el *Petit Palais* y el Gran *Palais*, son verdaderas inspiraciones de la más elegante y atrayente masonería; la Puerta Monumental es un hallazgo, da una nota desusada, aunque la afea a mi entender la figura pintiparada de la parisiense, que parece concebida en su intento simbólico para *reclame* de un modisto, y cuyo “modernismo” tan atacado por algunos críticos y tan defendido por otros, francamente, no entiendo. La calle de las Naciones aglomera sus vistosas fábricas en la orilla izquierda del Sena, y presenta, como sabéis, a los ojos, que se cansan, la multiplicidad de los estilos y el contraste de los caracteres. “Carácter”, propiamente, entre tanta obra, lo tienen pocas, como lo iremos viendo paso a paso, lector, en las visitas en que has de acompañarme; pues unos arquitectos han reproducido sencillamente edificios antiguos, y otros han recurrido a profusas combinaciones y mezclas que hacen de la fábrica el triunfo de lo híbrido.

El conjunto, en su unidad, contiene bien pensadas divisiones, facilitando el orden en la visita y observación. El lado del Trocadero, el de los Campos Elíseos, el de la Explanada de los Inválidos, el de la orilla izquierda del Sena, el de la orilla derecha, y el del Campo de Marte, son puntos diversos con sus particularidades especiales y diferentes atractivos; y, vínculo principal entre orilla y orilla del río, tiende su magnífico arco, custodiado por sus cuatro pegasos de oro y adornado por sus carnales náyades de bronce, el puente Alejandro III. La unión total, la mágica villa de muros de madera, tiene treinta y seis entradas además de la puerta colosal de Binet, y las dos que, llamadas de honor, se abren en el comienzo de la avenida Nicolás II. Por todas partes hallan su gloria los ojos, con verdores de árboles, gracia de líneas y de formas, brillo de metales, blancuras y oros de estatuas, muros, domos, columnas, fino encanto de mosaicos, perspectivas de jardines; y, circulando por Babel, toda ella una sonrisa, la flor viviente de París.

He aquí la gran entrada por donde penetraremos, lector, la puerta magnífica que rodeada de banderas y entre astas elegantes que sostienen grandes lámparas eléctricas, es en su novedad arquitectural digna de ser contemplada; admírese la vasta cúpula, la arcada soberbia, la labor de colado, y la decoración, y evítese el pecado de Moreau-Vauthier, la señorita peripuesta que hace equilibrio sobre su bola de billar. ¿Es que este escultor ha querido lanzar a su manera el *ohé! les grecs, faudrait voir!* de George D’Esparbes? Pues ha fracasado lamentablemente.

Eso nos es arte, ni símbolo, ni nada más que una figura de cera para vitrina de confecciones. La maravillosa desnudez de las diosas, es la única que, besada por el aire y bañada de luz, puede erguirse en la coronación de un monumento de belleza. Sin llegar a la afirmación de Goethe: “el arte empieza en donde acaba la vida”, los que alaban esa estatua por lo que tiene de realismo y de actualidad, deberían comprender que la ciudad de París no puede simbolizarse en una figura igual a la de Ivett-Guilbert o *mademoiselle* de Pougy.

¡Por Dios! La ciudad de París tiene una corona de torres, y tal aditamento descompondría los tocados de las amables niñas locas de su cuerpo. La moda parisiense es encantadora; pero todavía lo mundano moderno no puede sustituir en la gloria de la alegoría o del símbolo a lo consagrado por Roma y Grecia...

Es hermoso y real lo hecho por Guillot en cambio. Ha puesto en el friso del trabajo la figura de los trabajadores, y su idea y su obra son buenas y plausibles; así se da, aunque sea en pequeña parte, la suya, a los albañiles, a los carpinteros, a los hombres de los oficios que con sus manos han puesto fin al pensamiento y los cálculos de artistas e ingenieros. Por la noche es una impresión fantasmagórica la que da la blanca puerta con sus decoraciones de oro y rojo y negro y sus miles de luces eléctricas que brotan de los vidrios de colores. Es la puerta de entrada de un país de misterio y de poesía habitado por magos. Ciertamente, en toda alma que contempla estas esplendorosas *féeries* se despierta una sensación de infancia. Bajo la cúpula se detienen los visitantes; y el indio pensará en místicas pagodas y el árabe soñará con Camaralzamanes y Baduras, y todo el que tenga un gramo de imaginación creará entrar en una inaudita Basora. Y allí está Isis sin velo. Es la electricidad, simbolizada en una hierática figura; aquí lo moderno de la conquista científica se junta a la antigua iconoplastia sagrada; y la diosa sobre sus bobinas, ceñida de joyas raras como de virtudes talismánicas, con sus brazos en un gesto de misterio, es de una concepción serena y fuerte. Hay en ella la representación de la naturaleza, la elevación de la fuerza en tranquila actitud, y el arcano de esa propia forma de fuerza que apareció lo mismo en las cumbres del Sinaí mosaico que en las sorpresas de Edison o en las animaciones luminosas de Lumière. ¡Admirable centinela de entrada! La gente pasa, pasa, invade el recinto, se detiene bajo los tres arcos unidos triangularmente, mientras en lo alto, hacia la plaza de la Concordia, sobre el barco de la *Caput Gallice*, el gallo simbólico lanza al horizonte el más orgulloso cocoricó que puede enarcar su cuello.

La gente pasa, pasa. Se oye un rumoroso hablar babélico y un ir y venir creciente. Allí va la familia provinciana que viene a la capital como a cumplir un deber; van los parisienses, desdeñosos de todo lo que no sea de su circunscripción; van el ruso gigantesco y el japonés pequeño; y la familia ineludible, *belas!*, inglesa, guía y plano en mano; y el chino que no sabe qué hacer con el sombrero de copa y el sobretodo que se ha encasquetado en nombre de la civilización occidental, y los hombres de Marruecos y de la India con sus trajes nacionales; y los notables de Hispanoamérica y los negros de Haití que hablan

su francés y gestean, con la creencia de que París es tan suyo como *Port Prince*. Todos sienten la alegría del vivir y del tener francos para gozar de Francia. Todos admiran y muestran un aire sonriente. Respiran en el ambiente más grato de la tierra; al pasar la puerta enorme se entregan a la sugestión del hechizo.

Desde sus lejanos países, los extranjeros habían soñado en el instante presente. La predisposición general es el admirar. ¿A qué se ha venido, por qué se ha hecho tan largo viaje sino para contemplar maravillas? En una exposición todo el mundo es algo *badaud*. Se nota el deseo de ser sorprendido. Algo que aisladamente habría producido un sencillo agrado, aquí arranca a los visitantes los más estupendos, *jah!* Y en las corrientes de viandantes que se cruzan, los inevitables y siempre algo cómicos encuentros: *¡Tú por aquí!* *¡Mein Herr!* *¡Caríssimo Tomasso!* Y cosas en ruso, en árabe, en kalmuko, en malgacho, y, ¡qué sé yo! Y entre todo, ¡oh manes del señor de Graindorge! Una figurita se desliza, *fru, fru, fru*, hecha de seda y de perfume: y el malgacho y el kamulko, y el árabe y el ruso, y el inglés y el italiano y el español, y todo ciudadano de cosmópolis, vuelven inmediatamente la vista; un relámpago les pasa por los ojos, una sonrisa les juega en los labios. Es la parisiense que pasa.

Allá, muy lejos, en su *smalah*, en su estancia, en sus bosques, en su clima ardoroso o frígido, el visitante había pensado largo tiempo en la exposición; pero también en la parisiense. Hay en todo forastero, en todo el que ha llegado, la convicción de que ella es el complemento de la prestigiosa fiesta. Y los manes del señor de Graindorge vagan por aquí complacidos.

La muchedumbre pasa, pasa. Deja el magnífico parasol de la cúpula, y entra ya en la villa proteiforme y políglota. Es la primavera. Los árboles comienzan a sentir su nuevo gozo, y, con ademanes de dicha, tienden a la luz sus hojas recién nacidas. Una onda de perfumes llega. Es el palacio de las flores, son los jardines cercanos. Y pues, es la pascua de las flores, a las flores el principio. Después, a medida de lo fortuito, sin preconcebido plan, iremos viendo, lector, la serie de cosas bellas, enormes, grandiosas y curiosas.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 21 de junio de 1900).

LOS EDIFICIOS.

EL GRAN PALACIO DE BELLAS ARTES:

DIEZ AÑOS DE ARTE

París, 7 de mayo de 1900

Demostando su majestad o su gracia en el espacio, reposados o ágiles, se alzan, y atraen la mirada ante que otra cosa, los palacios. Es el Gran Palacio, con la serenidad magnífica de sus columnas, coronado por atrevida cuadriga; el *Petit Palais*, que instala su elegancia, también lleno de columnas adornadas de capitales jónicos, con sus bellas rotondas en los ángulos, y cuya puerta

principal guardan admirables desnudeces de mármol; o el palacio de Minas y Metalurgia, con sus largas arcadas y su bizarra tiara central; el palacio de Industrias textiles e hilados, también con arcadas; o el de la Electricidad, que con el *Chateau d'eau* forma la decoración de un cuento de genios. Y en el Campo de Marte, el de Ingeniería civil y medios de transportes; y el de letras, ciencias y artes, cerca de la torre Eiffel, lleno de novedad y de atrevimiento; y en la Explanada de los Inválidos, con sus dos cuerpos, el de manufacturas nacionales, que se ha llamado con razón *au grand rideau d'avant scene*, o el de las industrias diversas. Y en las orillas del Sena el gran palacio de la ciudad de París, y el de la Horticultura, con sus dos *sevres* y su jardín al aire libre; el palacio de los Congresos y de Economía social, vistoso y soberbio; el de los Ejércitos de tierra y mar, sobre el que se levantan torres y mástiles; casa de la Fuerza; el de Florestas, caza y pesca, cuya decoración es apropiada a su objeto, y el de la Navegación, y el pequeño palacio de la Óptica en cuyo centro parece que un enorme pavo real abriese el maravilloso naipe de su cola; y más, y más: os aseguro que años enteros serían precisos para pintar y describir estas obras en que la piedra y el hierro, el bronce y el *staff*, el mármol y la madera, forman tan hermosas manifestaciones de talento, de audacia, de gusto. Ya os he dicho que no voy a ocuparme de técnica, aunque podría hacerlo a causa de la conversación que entre tanta obra he tenido un día entero con mi amigo Albert Trachel, el admirable arquitecto del Ensueño, que tan bien ha estudiado Stuart Merrill. Hoy, me dedico al gran palacio de Bellas Artes, en donde se han inaugurado las exposiciones Centenal y Decenal. ¡Cien años del arte de Francia! ¡Diez años! Aun para los diez, quien quisiera ocuparse en cada una de las obras expuestas, buen tiempo gastaría tan solamente en nombrarlas... La mayor parte de los críticos hacen catálogos. Pienso que lo mejor es decir algo de aquellas obras y de aquellos maestros que más impresión causan; y aun así, apenas unas cuantas palabras será posible aplicar.

El gran palacio enfrente del pequeño, es la gravedad armoniosa enfrente de la gracia risueña y noble. Hacia la avenida Nicolás II muestra su fachada romana. Las columnas múltiples que adornan el edificio son de sabia ordenación y no en vano se señalaban como “modelos del género”, y por las tres entradas del peristilo se diría que se espera como la aparición continua de un ceremonial antiguo.

Las artes bellas están representadas por magníficas esculturas en que el desnudo una vez más sella el poder de su encanto plástico. Y al lado de la avenida de Antin, en arcaicos mosaicos la historia de las artes aparece en frisos policronios. Al penetrar en el magno edificio sorprende la monumental escalera y la techumbre de vidrio. Allí dentro está, como os he dicho el arte francés de los últimos cien años, del cual claro es que no de haceros ni la historia ni el análisis; y la exposición decenal, es decir, lo que el arte de esta potente Francia ha creado desde 1889.

Hay maravillas; hay cuadros enormes de mérito relativo y oficial, y pequeñas telas en que se reconcentran mundo de meditación, de audacia, de ensueño. Están representadas todas las tendencias que en estos últimos tiempos

han luchado, con excepción de ciertas obras sublimes a que la crítica de los discernidores de medallas no ha puesto su pase autoritario. Todo adorador de la belleza sugestiva y profunda lamentará no encontrarse, por ejemplo, con el sublime *Cristo de los Ultrajes* del formidable y apocalíptico Henry de Groux, que aunque nacido en Bélgica, ha hecho más por el arte francés que señalados y enriquecidos miembros del instituto. Pues ha cambiado bastante la época en que el autor de *Graindorge* escribía: *Le métier est dure. Des hommes de cinquante ans qui ont un nom célèbre, ne gagnent pas dix mille francs*. Que le pregunten sobre esto a Carolus Duran, o al benemérito señor de Bouguereau.

Entre tanta obra producida por pinceles franceses, se ve que no siempre existe lo que llama Ruskin el amor a “la espontánea o inviolada naturaleza”. La rebusca ha sido perjudicial por un lado, y la ciega sujeción al academismo por otro. Cuando libremente se han manifestado los temperamentos y los caracteres artísticos ha surgido en su superioridad la obra maestra.

Atraen al gran público dos especies de trabajos: las *grandes machines* de historia y sobre todo de batalla, y los desnudos. El alto vulgo no dejará de detenerse ante los retratos de Bonnat, cuya seriedad fría es dominadora en la vanidad oficial de ese mundo selecto. Benjamin Constant se impone con cuadros como la *Entrada en Tolosa del Papa Urbino II* y un retrato de la reina Victoria. Entra el hábil orientalista bajo los auspicios de la Iglesia, pues después del papa Urbano o ha de darnos el papa León; así, en estos momentos trabaja en Roma en perpetuar la imagen del Sumo Pontífice.

Siento que una fuerte corriente simpática me atrae hacia Carrière, cuyas varias telas representan en este certamen la noble y generosa conciencia de un artista de verdad. Con su visión especial en que los lineamientos se esfuman, en lo indeciso revelador, hace entrever el alma de los personajes que reproduce, y concediendo a éstos como una existencia distinta de la real, en la realidad misma, halla el medio de expresar lo inexplicable, en una comunicación casi exclusivamente espiritual. Ya es en *El sueño* la poetización de una idea, o en el *Cristo en la cruz* la imposición visible de lo supernatural, o en el retrato de ese otro crucificado, Paul Verlaine, la concreción de todas las tristezas en la miseria y debilidad humanas prodigiosamente habitadas por el genio.

No por admirar a Carrière que es lo vago, he de dejar de acercarme a Colin, que halaga con sus claros plenos aires y sus figuras en que una sangre viviente circula; o a Cotlet, que vence sin dificultades en la composición y en el colorido, faltando tan sólo que triunfe en las de movimiento; o a Roll, que cultiva el vigor con tanta maestría, y cuya *Fiesta del puente Alejandro III* llama de continuo la curiosidad de los visitantes. En la Centenal luce con su serena luz antigua la obra del gran Puvis; en la Decenal no figura nada del ilustre maestro de las nobles actitudes. De las figuras simples y grandiosas. El hijo de un insigne profesor de belleza a quien con justicia se denominará el Platón moderno, Ary Renan, deleita con diminutos paisajes en que se contiene la visión y el sentimiento de la vasta naturaleza —así en un caracol se contiene al ruido del océano—; y hay en esas pinturas que abarcan escasos centímetros de tela, una religiosidad augusta que indica el paso de la musa misteriosa que

hace comprender y significar obras grandes, según la palabra de Leonardo Herencia. Quizás. De mí diré que no he podido menos de recordar los prodigiosos espectáculos de armonía que en una sencilla página sabía crear aquel levita mágico de la palabra. Con la diferencia de que el padre obraba en la plena luz de un sol griego, como el que dorase su frente de artista cuando pronunciara su oración divina delante de la acrópolis sagrada; y el hijo suele internarse en vagarosas indecisiones de ensueño a través de las cuales aparece la eterna x de la vida, el problema misterioso de las cosas, entre brumas de luz y de sombra. Hacen también el gozo de las almas meditativas los trabajos de Harpignies, con sus melancolías crepusculares, de luces desfallecientes, de tonos suaves y tamizados.

Entre los retratos, fuera de los admirables de Carrière, de los protocolares de Bonnat, este pintor de cámara de los reyes burgueses, están los de Benjamin Constant, entre los cuales sobresale el de la Calvé, los ojos y la gracia de la picante Carmen. M. de la Gandara, que ha impuesto tan vivos rasgos en sus retratos, sobre todo en los de las mujeres, en que la felinidad femenina está asida de tan personal manera. M. de la Gandara tiene aquí varias páginas fisonómicas comentadas con una seguridad de toques y una aristocracia de factura, que se explican sea hoy al mismo tiempo que uno de los preferidos de la aristocracia, uno de los más queridos de los artistas.

Un mi amigo que lo es, le llama a ese pintor francés de apellido español, "*Madmoiselle Whistler*". Carolus Duran, a quien como recordaréis tuve ocasión de entrevistar en Madrid, está representado por obras, sin dudas meritorias, con la marca de la procedencia, pero que no ocultan la sujeción al "encargo" y el puesto inconfundible en el pomposo interior de acaudaladas y sonoras familias, entre las cuales muchas *yankees*. De Tony Robert Fleury hay una figura de mujer de una intensa expresión, como otra de Hebert, en que la delicadeza y la amorosa ejecución son de un cierto encanto no exento de melancolía, para los ojos y para el espíritu.

Una sonrisa al mismo tiempo que, en el fondo de vuestra alma una áspera amargura, os producirá Jean Veber, ese ironista cuyas deformaciones rayanas en lo macabro saben decir tantas cosas y cuyas osadías son poemas en que lo brutal demostrativo no está reñido con lo hondamente trascendental. Los hermanos Veber, cuyo nombre, aunque halagado por la fama hasta cierto punto, no tiene la aureola que merece, han puesto la risa al servicio de la filosofía más dura y tremenda.

Rodeado de un mar de colores y de formas, mi espíritu no encuentra ciertamente a donde poner la atención con fijeza. Sucede que, cuando un cuadro os llama por una razón directa, otro y cien más os gritan las potencias de sus pinceladas o la melodía de sus tintas y matices. Y en tal caso pensáis en la realización de muchos libros, en la meditación de muchas páginas. Mil nebulosas de poemas flotan en el firmamento oculto de vuestro cerebro; mil gérmenes se despiertan en vuestra voluntad y en vuestra ansia artística; pero el útil del trabajador, vuestro oficio, vuestra obligación para con el público del periódico, os llaman a la realidad. Así apuntáis, informáis, váis de un punto

a otro, cojéis aquí una impresión como quien corta una flor, allá una idea, como quien encuentra una perla; y a pocos, a pasos contados, hacéis vuestra tarea, cumplís con el deber de hoy, para recomenzar al sol siguiente, en la labor donaideana de quien ayuda a llenar el ánfora sin fondo de un diario.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 2 de julio de 1900).

LA CALLE DE LAS NACIONES.

ITALIA.

CON HUGUES REBELL

París, 7 de junio de 1900

Al comenzar la calle de las Naciones, del lado del Palacio de los Inválidos, se destaca la fastuosa fábrica que ha elevado Italia en el inmenso concurso. Semeja una catedral de piedra y oro, y al llamarla "catedral" los obreros italianos, han expresado el verdadero idilio arquitectónico de este fugaz y bello monumento. Un ave de oro abre las alas, allá arriba, sobre el domo de oro. Juntos la madera y el hierro sostienen la unidad compacta del atrayente edificio, que es una fiesta, un regalo para los ojos. Allí se une la ojiva gótica a la manera y decoraciones del Renacimiento. En la combinación surge a la memoria el recuerdo soberbio de San Marcos. Los muros coloreados semejan ricos mármoles. En mezcla pintoresca se juntan elementos cristianos y paganos. Los amores tejen guirnalda sobre los fondos rojizos: cabezas esculpidas se presentan entre los festones y astrágalos. Airosas esculturas vigilan las entradas laterales: y la luz del sol hace resaltar de manera gloriosa el conjunto magnífico, quebrándose en los estucados y dorados y concentrándose en el águila del coronamiento que se asemeja, encendida por la luz solar, a una llama que vuela. En lo interior, en donde presiden las efigies del Rey y de la Reina y de los Príncipes herederos de la Corona (¿por qué no está en homenaje al valor y a la ciencia, el del bizarro conde de Turín?) la idea de encontrarse en una basílica se acentúa. Los *vitreaux* con sus tamices de color, dejan pasar la luz amortiguada.

La ancha nave en su techumbre de oro ostenta decoraciones, ligeros frescos, que embellecen la extensión, flores hábilmente ordenadas forman sus graciosos dibujos; los *iris* hablan de paz al monarca de los grandes bigotes y las margaritas sonríen a la Reina.

Hago mi visita a este magnífico pabellón en compañía de un artista y pensador, Hugues Rebell, el autor de la *Nichina*, de la *Camorra de l'Eepionne de l'empereur* y demás obras llenas de pasión y de encanto verbal. Es un amante de Italia, de todos los países latinos, y se prepara para partir en seguida a España, a ver la exposición Goya, pues tiene por propósito publicar un libro sobre aquel soberano maestro y su obra.

Como algunos diarios han atacado a la sección italiana de la exposición y,

como para decir verdad, hay un ambiente poco simpático para Italia, procuro sondear la opinión de Rebell, a quien juzgo muy lejos de sentirse influido por los efectos de la Triplice. Sé que es un admirador de *Arrigo Beyle, milanese*, y por algo sus mejores obras tienen por escenario la bella tierra amada de las artistas.

¿Mi opinión?, me dice, con su voz de confesor, callada y aterciopelada. Que amo a Italia grandemente, y que sobre esta exhibición momentánea, de industriales hábiles o de artistas verdaderos, veo alzarse el enorme árbol de gloria de aquel país singular. ¿No recordáis mis *Cantos de la Lluvia y del Sol*?

Cuando he visto Florencia y sus palacios, en donde sueña todo un pasado de luchas y glorias; cuando he contemplado esas obras maestras del arte que en todas las calles os llaman a un sueño de belleza, mi ser se ha estremecido y ha querido clamar: "¡Soy toscano!, ¡soy toscano!". Si he nacido en Francia, mi alma debió tomar su vuelo al sol una mañana de estío, desde las alturas de Fiesole, sobre las bellas sombras negras de los cipreses, sobre el valle del Arno, lleno del canto de las cigarras.

A menos que no venga de esas llanuras donde tiemblan los sauces, donde las viñas en guirnaldas se doblan bajo los racimos, de esas llanuras que regocijaron la mirada del Sodoma, del Corregio, del gran Leonardo. Quizás es hija de esa fértil *Campania que Ceres* y el dios del vino protegen; tal vez nació a los murmullos del mar amoroso de Baia.

Sé solamente que formáis parte de un paisaje familiar visto en sueños, o conocido otras veces, ¡oh tierras de luz, montes de azul en la mar azul, campañas en donde el crepúsculo se eleva en grandes sombras majestuosas! ¡Italia, tierra santa para los que una tarde Virgilio vino a encantar con su solemne tristeza, para los que vivieron en los siglos de acción y de belleza, Italia, quisiera arrodillarme y besar tu suelo de recuerdos! ¿Quién viéndote ahora dormir podrá creer que estas muerta? ¡Oh durmiente, cansada de obras maestras, entre los monumentos de gloria que diste al mundo, agotada por tantos divinos partos, descansa, qué bien has ganado tu sueño! ¡Cómo, llegada la hora, te alzarás de tu lecho, presta para nuevas labores y coronada de la diadema! ¡Oh durmiente! ¿No has sido, aún en este siglo, una gran trabajadora, no hemos visto unirse el orgullo veneciano, la risa de Nápoles, la actividad genovesa, la gracia milanesa, el espíritu de Florencia, y este orgullo romano, pesado de las coronas que los siglos amontonaron sobre su frente?

Almas diversas de Italia, no sois ahora sino un alma, pues tenéis todas un mismo amor: la belleza. Pero, Italia, cuna de mis sueños, tú no me has educado; mi madre y mi nodriza es Francia la dulce, y no quiero ser ingrato con ella ni con mis maestros familiares: Montoigee, el gran Montesquieu y La Fontaine, ese hijo de las milicias sonrientes. Mi sueño de amor crece en medio de las lindas y voluptuosas hijas de Fragonard, en los parques en que Watteau, bajo vastos boscajes, hace avanzar, con reverencias, jóvenes de nucas rubias, de faldas amplias y luminosas. Mi deseo y mi pensamiento es Francia, quien me los ha dado; sería incapaz de vivir si se me prohibiese vivir en francés. ¡Pueblo de fuerza, pueblo de gracia, cuya lengua es vaporosa como un bello valle en

la aurora, cuyas palabras huyen y se envanece como el río entre los sauces, caro genio de sonrisas y de claros pensamientos, como serían mi crimen y mi locura si osara negarte! Preciso es ser un pesado bebedor de cerveza de ultra Rhin, discípulo de Marx, un pesado socialista servidor del Vientre, para renegar de la patria. Todo hombre que tiene una virilidad, todo pueblo que no es esclavo, siente un genio de fuego palpar en sí, que le impulsa a dominar. Todo hombre altivo, todo pueblo noble tiene un orgullo que alimentar, y por él se bate y por él quiere vencer. Es en esta lucha eterna que se encuentran la gloria y el gozo de la humanidad. Por tanto dinero vertido, tanta sangre regada. La guerra de la fuerza, dispensa la vida. La guerra es la gran alcoba de humillación y de orgullo en que un pueblo se baja, o un pueblo se eleva. Que los alemanes deseen la gloria de Alemania, está bien: yo debo querer la Francia victoriosa. Todos los pueblos, cada uno a su turno, estarán a la cabeza del desfile.

La sonrisa de una parisiense, que al ver la cara episcopal de Rebell se pudo imaginar que el poeta me recitaba una homilía, o me predicaba un sermón, suspendió la tirada lírica. Estábamos en una de las más bellas instalaciones del pabellón italiano, la de tejidos y encajes florentinos y venecianos, que sugieren visiones de épocas novelescas y de escenas suntuosas, de patricios y de príncipes, de caballeros de largos mantos y gentiles dogaresas.

La cerámica de Salviati nos atrae con sus deliciosas formas y su delicadeza de líneas y colores, y los frágiles muranos evocan interiores amorosos, fugaces vidas de flor, la escena *d'annunziana* de la *Foscarina*, o el cuento sutil y simbólico de mi muy querido amigo artista... Y hablan de las pasadas glorias romanas los bronce, los alabados San Giorgi, y los que el poeta de la alegoría del otoño celebrara en una de sus más admirables páginas, en honor del fundidor que ha sabido encontrar los viejos procedimientos y, en sus estatuas y demás trabajos modernos transmitir la misma alma material nacida del fuego y de la combinación metálica, que hace inmortales de belleza las obras antiguas: *To make eternity*, que diría Carlyle. Las porcelanas halagan la vista con sus colores, aunque entre mucha labor fina se noten piezas que desmerecen, la censurable promiscuidad. Un arte, el de la ferretería, que un tiempo tuvo en España su mayor triunfo, se ve representado aquí por labores de bastante mérito.

Mas no compite lo hoy trabajado con lo que podemos admirar en las viejas rejas de las iglesias, en maravillas que el martillo dejara para admiración de las sucesivas generaciones. Los *vetreaux* que se exhiben no son comparables con lo que hoy se hacen en Francia, Alemania e Inglaterra; pero hay una habitación de Florencia, en que bien se puede colocar el más moderno y grato sueño de amor.

Es un estuche de vida feliz. El toscano arcaico de las decoraciones, la chimenea de piedra florentina, el mobiliario que cubre un tejido riquísimo de punto de Hungría, la tapicería lujosa y graciosa, hacen pensar en las horas incomparables que una pareja amada de la suerte podría sentir deslizarse en tan exquisito recinto. Se presentan también a la vista bien trabajados mosaicos; los asuntos, reproducciones de cuadros religiosos célebres, hacen creer en

encargos parroquiales. En las paredes, al subir las escaleras que conducen a las galerías superiores, se ven imitaciones hábiles de antiguos manuscritos iluminados, y en el centro, un gran busto de Humberto, que no pretende ser una obra maestra, preside.

Allá arriba se despliega la labor de las escuelas; desde las escuelas de artes y oficios hasta los establecimientos en que las manos de las niñas hacen sus bordados y labores. La muchedumbre lo invade todo. Quienes van a observar las instalaciones de los constructores de navíos; quienes un dibujo, y los grupos de mujeres se detienen delante de las vitrinas en que se expone un bello tejido de punto, o una miniatura, o un plano.

Allá por la avenida de Suffren, está Venecia, una reducción para feria, con imitaciones de las conocidas arquitecturas, góndolas y gondoleros; y por la noche la iluminación da, en efecto, la sensación de horas italianas en la ciudad divina, de arte y de amor, mientras se escuchan músicas de mandolinas y canciones importadas de los canales. A Rebell no le gustan estas falsificaciones. El autor de la *Nichina* cree que para gustar de Italia hay que ir a Italia, y que esta Venecia de guardarropía es únicamente propia para divertir a los *snobs* de París y del extranjero, que no han tenido la suerte de sentir cómo es bajo su propio cielo, el beso de la luz y del aire venecianos, florentinos, milaneses, napolitanos. Esta Venecia, sin embargo, ayuda a soñar.

La imaginación no necesita de mucho para transportarle a uno donde quiera, y da idea de la realidad, al reflejar el agua del Sena, las linternas que van como errantes flores de fuego, en la sombra nocturna sobre las góndolas negras. Como el elemento italiano frecuenta mucho este lado de la exposición, es frecuente oír sonar el *sí* en los labios armoniosos de hermosísimas italianas. Quiero decir, entiéndase bien, que el *sí* suona.

Los franceses y las francesas que se hacen pasear por las góndolas, no desperdician la oportunidad de chapurrear el italiano, y de entonar a coro el *Funiculí-Funiculá*, o la indestructible e inevitable *mandolinata*.

Pero donde Italia triunfa, a pesar de la hostilidad de buena parte de la crítica, es en el gran palacio de Bellas Artes, con sus artistas admirables. El desdén proverbial de cierto París se ha hecho manifiesto ahora al tratarse de pintor tan eximio como Sagantini, a quien se ha dedicado una sala en la sección italiana. Digo de "cierto París", pues el malogrado artista ha recibido en vida y en muerte el justo homenaje de la crítica sin perjuicios, en este país difícil. No hay sino que recordar las páginas que a su obra dedicara revista de tanta autoridad como la *Gazette des Beaux Artes*. Mas me ha dado pena el leer juicios como el del crítico de la *Revue Bleu*, en que se desconoce el altísimo mérito de aquel maestro de luz, cuya ideal vida armoniosa tiene pocos parangones en su siglo. Segantini, el de los dulces y profundos paisajes, el revelador de las alturas y de las nieves, el rey de los Alpes, ha sido maltratado por la pluma de más de un revistero ocasional tocado de *chauvinismo*.

Siento grandemente que mi deber de informador me reduzca a tomar nada más que rápidas impresiones; si no, sería el momento en que con placer dedicaría en estudio aislado al íntimo adorador de la naturaleza que ha muerto

en Italia entre el duelo de los intelectuales y la admiración de todas las gentes, a aquel artista cuyo genio comprendió el alma de las cosas, el misterio de los animales, y que tenía la cara de Cristo.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 25 de julio de 1900).

ESPAÑA.

ALGUNAS NOTAS AL VUELO

París, 10 de junio de 1900

España no puede quejarse. Su pabellón es el más severo y “representativo”; el nombre de España ha sonado y sigue sonando en estos días a causa de la cuestión de los toros; María Guerrero en el *Athenée* triunfa y se hace abanicar con las más gratas frases por críticos como Henry Fouquier, Catulle Mendés y Henry Bauer. Y las otras dos de Guerrero, las más conocidas, las más amorosas, las clientes infaltables de *chez Maxim's* mantienen, con la Otero, el *record* de la galantería de Tras los Montes en la capital de la galantería.

El regio palacio español de la calle de las Naciones, alza su noble masa a la orilla izquierda del Sena, entre los pabellones de Alemania y Mónaco. Urioste, el arquitecto, combinó sus detalles de diferentes monumentos artísticos peninsulares; algo de la Universidad de Alcalá, que construyó Rodríguez Gil de Ontañón en 1553; mucho del Alcázar de Toledo, que bajo Carlos V construyó Alfonso de Covarrubias, cuando el César mandó cambiar en suntuoso palacio la fortaleza levantada por el rey Sabio; de la Universidad de Salamanca; de uno de los más acabados modelos platerescos que dejara Enrique de Egos en Santa Cruz de Toledo, y por último, del palacio de los condes de Monterrey, propiedad actual de los duques de Alba, cuyo coronamiento magnífico es joya de la española arquitectura.

Al penetrar, se encuentran artísticas arcadas sobre finas columnas que dan paso a las salas distribuidas a derecha e izquierda. En el primer piso, el salón central almohadillo, que reproduce exactamente los de la Universidad de Alcalá, el arte antiguo atrae por completo la atención, con los maravillosos tapices del palacio real que ha enviado la reina regente.

En estos tejidos han dejado los siglos gracia y orgullo, y las manos de los artífices colocaron como un alma en los hilos y colores, un alma que perpetúa misterios de cosas pasadas, victorias y faustos reales, guerra, conquista, o fe y temor de Dios. Aquí son pasajes de la historia de Roma que tanto admiraran los ojos del segundo Felipe; allí la cena de Jesús, o la conquista de Túnez, preciosidad que copia las líneas y tintas del cuadro, célebre que pintara aquel Juan Vermeyan, predilecto de Carlos V.

Los visitantes se detienen delante de las riquezas enviadas por la Armería Real, museo único en el mundo: rodela, escudos, puñales, espadas. Y allí está la túnica roja y oro del rey granadino Boabdil, entre las armas finas y adornadas

como joyas. Bajo el trono de Carlos V, en un notable relieve de Benlliure, se destacan las efigies de la familia real, severa y maternal doña Cristina, gentil el reyecito, graciosas y apasibles las jóvenes princesas.

De Benlliure, que es mimado en la Corte, hay también una gran estatua de Velásquez; y para que no falte lo que van buseando los extranjeros, un toro de Miura, "el mejor de la tarde", fija, en su inmóvil agonía, el juego nacional. El señor Benlliure ha sido previsor. Hay asimismo, del propio escultor, una chimenea ante la cual se detiene mucha gente. Apenas tengo tiempo para dedicarle dos segundos.

Guardias civiles de Madrid custodian el palacio. Entre ellos veo deslizarse graciosas exóticas, sin pretender confundirse con la mujeres de París, a dos andaluzas que van conversando en voz alta y tienen ojos incomparables. Y me fijo en que, una de las notas más admirables del pabellón de España, es, entre los hierros y aceros antiguos, entre las ásperas cotas y las pesadas tizonas y las corazas guerreras, un abanico, ligero como una ala de amor, pintado por Fortuny.

Bajo el pabellón, en la galería que da al Sena, está *La Feria*, un restaurante español en donde no he podido encontrar un solo plato de España. Pero es un lugar de moda, carísimo y lleno, por las tardes y noches, principalmente de *snobs* y de *cocottes*.

Para el "color local" están las bailaoras y los guitarristas importados del Burrero sevillano; y el *cante jondo* y los demás, encuentran su mejor premio en el aplauso de *ces dames* y en las tonterías *chics* "de esos señores". Cuando Sancho toca la guitarra y Pepe Fernández le da a la bandurria, con Salmeron, y Virgilio repica en la pandereta, y las hermanas Peña y otras sevillanas se descaderan, es de ver el entusiasmo de ciertas parisienses, que a cada paso piden otro *petir air de Guitare*.

En la *quéte*, he visto a un *rasta* que acompañaba a una de esas elegantísimas señoritas de placer, dar una propina de cuatro luises. La hermana de la Bella Otero, que se hace llamar Sapho de Colombo (¡Merimee en Lesbos!) tiene un puesto de manzanilla. Figuraos cuanto darán los *petits sucriess* internacionales por una cañita servida por esas manos famosas llenas de joyas.

Es en la feria donde podéis oír discutir a caballeros franceses sobre si Mazzantini es igual a Fuentes, o si es conveniente o no importar las corridas a París. Y allí es el salir de los términos más o menos derrengados: *toreró*, *toreador*, *espadá*, *corridá*, *aficionado* y las correspondientes *cachuchá*, *fandangó*, *bolero*. Y los españoles hispanoamericanos de verdad que van a la feria, tienen en esto un nuevo espectáculo.

Todo el mundo quiere echar su cuarto a espadas en castellano. La otra noche, en un lugar muy diferente y nada menos que en una representación de María Guerrero, estando en compañía del poeta Jean Moreas, y de nuestro compañero Molino Torres, oí decir es un palco, a una dama un poco alegre, que no temía a manifestarse en voz alta: *¡Yo rien capisqué!* La frase no tenía maldita la gracia; pero la boca que la dijo, sí.

Las *pataitas* y lo que dicen los brazos, los ojos y las caderas de las danzantes,

si los “capiscan” muy bien. Es una nota que excita en este ambiente de gozo continuo a este mundo de derrochadores de vida y de oro, a este enjambre inmenso de poseídos de una incurable locura de placer y de alegría. Un placer incesante que hace daño; una alegría tan perenne que casi es dolorosa. La España de las flores y de las danzas, de los mantones de Manila y de los toros y castañuelas, les encanta.

Allá por el Trocadero, se alza la torre de la Giralda, señalando desde lejos el lugar en que se ve la *Andalucía en tiempo de los moros*. Se entra en este lugar de divertimento por un patio que reproduce el conocido de los leones de la *Alhambra* granadina. ¡En lo interior, están en Andalucía, en tiempo de los moros, o en cualquiera *rue du Caire* para la exportación! No hay allí sino una especie de circo en que se representan pantomimas y otras diversiones circenses, en que el indispensable *maillot* hace de las suyas.

Camellos adiestrados, caballos, etc., y un ridículo torneo, con pésimos jinetes y desdichada indumentaria. A otro lado, unas cuantas mujeres árabes, feas por lo general, circulan hablando su idioma gutural y sonriendo con desgraciadas sonrisas; una barraca, el tambor oriental y el griterío os llaman y encontráis la inevitable danza del vientre que desde la pasada exposición aprendieron las turcas y españolas de *Batignolles*. Luego bazares y ventas de vinos españoles por andaluzas montmartresas. Y eso es todo, con el agregado de un teatro en donde bailadoras de lo peor de España, excepto dos o tres de ellas, enseñan horribles calzones, al son de vitos, soleares, jotas y polos.

Lo único que vale la pena, porque trae su verdad pintoresca y su legítima gracia salvaje, son los gitanos y gitanas, dirigidos por el invicto Juan Amaya, un buen diablo moreno, que ha celebrado Jean Lorrain, y que, en verdad tiene las piernas más ágiles de la tierra y la más extraña y complicada manera de danzar que haya inventado feo fauno en los bosques primitivos.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 9 de agosto de 1900).

LOS HISPANOAMERICANOS.

NOTAS Y ANÉCDOTAS

París, 27 de junio de 1900

Por los bulevares, en los teatros, en la exposición sobre todo, se oye a cada paso hablar en castellano. Suenan todos los acentos, desde los marcados con el ceceo andaluz hasta las tonadas pintorescas de las Américas latinas. Las repúblicas calientes hacen notar su presencia: “¡Adiós, general!” “¡Adiós, doctor!”. Los especiales bigotes *en croc* y las forzadas elegancias indumentarias demuestran la invasión de un tipo que tiene su nombre especial y es harto sonoro en la jerga parisiense. Naturalmente, hay de todo.

La América latina, para el ciudadano de París, tiene muy poco señalados contornos en su precaria geografía boulevardera. Chile aún es visto por algunos

“eruditos” a través de la admiración de Voltaire por Ercilla; el peruano más reciente es el Duadet en *Tartarín*, el general boliviano no dejará de aparecer en las tablas con los más inverosímiles uniformes; *bresilien*, ya se sabe lo que significa; el Ministro de Honduras fue explotado por Dumas, por Sardou, por los vaudevillistas; sabía tanto Víctor Hugo que pudo hacer estos versos sobre uno de sus personajes:

..... *il allá,*
Depuis Menilmontant jusqu'au Guathémala.

Caran D'Ache acaba de presentar una serie de tipos nacionales a propósito de sus monedas respectivas; y es de ver cómo se asemejan el sol peruano, el peso argentino, el oriental, el mexicano, etc., a los tipos levantinos, egipcios, griegos. Son los rasgos comunes al señalado *rasta* internacional. No se ve, pues, a nuestros países sino por ese lado poco agradable. Etnográficamente, todo se confunde en la lejanía de vagas Venezuelas y pocos probables Nicaraguas, a pesar de que la erudición de Hugo hiciese quedar para la inmortalidad *Las Razones del Momotombo*. Conocidos son los dislates del gran poeta en sus conversaciones con latinoamericanos y sobre todo con don Juan Manso, lo cual no obstó para que enviase una estupenda carta a los radicales de Colombia cuando la fabulosa constitución del Río Negro. Creo que solamente la eufonía hizo escribir a Verlaine este verso de uno de sus sonetos:

Notre Dame de Santa Fe de Bogotá.

Tanto sabe Tolstoi de Porfirio Díaz, a quien ha colocado creo que entre César y Alejandro, como Rodín de Sarmiento, a quien ha esculpido con su excepcional audacia. Ciertos políticos y personajes oficiales nuestros, retratados y biografiados por un Meulman cualquiera en su periodiquito de negocio, no saben que su fama rápida irá tan sólo de San Marino a Montenegro o al Paraguay. He dicho alguna vez que, hablando con un señor muy culto, averigüé que para él Bolívar era un sombrero y San Martín un santo.

Por otra parte es una injusticia hasta cierto punto el achacar a los americanos de lengua española la mayor parte en lo que se ha llamado “rastaquouerismos”. Innumerables valacos y griegos, muchísimos italianos, españoles y gente de Oriente han dado y dan notas sonoras en tal campo. Quienes nos han hecho más daños han sido los presidentes *en exil*; los varios sujetos de distintas repúblicas que después de ordeñar las respectivas vacas lecheras de sus Estados, han venido a París a tirar zurdamente sus milloncejos; y los varios aztecas, chorotegas, quinchés y coyas que hacen el marqués y el príncipe, a la sombra misma del armorial de *Dozier*.

Hay altas familias hispanoamericanas que figuran entre la más elevada aristocracia francesa, sobre todo, cubanas y mexicanas. Estas últimas, de las ennoblecidas por el emperador de la barba de oro, cuyos jefes tuvieron acción en la obra del fracasado imperio. Hay fiestas de cubanos como los señores Terry, a las cuales concurre la más fina flor de la aristocracia francesa de Rohan abajo. En este terreno puramente social, hay nombres chilenos gran-

demente considerados como los de Blest Gana y Subercasseuax y bastantes argentinos, que están señalados por el buen criterio de Buenos Aires. Aparte de todo esto la vida esencialmente diplomática, que no tiene nada que ver con lo puramente mundano y de prestigio personal. El Perú ha tenido aquí graciosa representación, desde hace mucho tiempo, con sus encantadoras mujeres. En el segundo imperio tuvieron algunos nombres resonancia. Una de las esposas de Arsenio Houssaye era limeña. Por cierto que el general Echeñique me ha referido un incidente respecto a tal matrimonio, en que el caballero francés no aparece como un perfecto modelo de galantería.

La vida de los hispanoamericanos en París ha tenido sus cronistas y hasta sus novelistas. Si no recuerdo mal, hay un libro de un escritor de Centroamérica, el señor Guzmán, que trata de tal tópico, y otro del colombiano Ángel Cuervo, hermano del filólogo.

Pero lo mejor que se ha escrito a este respecto, es sin duda alguna la novela de Alberto del Solar, *Rastaquer*. Es un libro de observación y de conciencia. El autor me ha manifestado más de una vez que sus tipos han sido copiados de la realidad, y que más de un episodio de su obra ha pasado ante su propia vista. Es la historia continua e inacabable de la familia americana que deja su terruño, sus costumbres, su rústica riqueza, para venir a este mundo de desplumamientos y de locuras brillantes, a perder el dinero del modo más lamentable, el honor algunas veces, la vida de cuando en cuando. Es la señorita explotada por nobles arruinados, sin renta ni vergüenza; la vanidad bufa de quienes llegan con el propósito de formar parte del *tout Paris*; la tiranía de la moda, las redes del vicio risueño, y como inevitable desenlace, la quiebra, el desplumamiento, el *crac*, la miseria.

Ciertamente, de algunos años a esta parte ha cambiado mucho el tipo del rasta. Los periódicos, los folletines, los dibujos, los libros dedicados a caricaturar la especie se multiplicaron, y esto hizo apagar un tanto las detonaciones llamativas, las exhibiciones carandachescas. Llegan familias serias, ricas de veras, acostumbradas a una existencia noble y fastuosamente mundana, y ya en sus hoteles particulares, o en sus departamentos del Rily, del *Elisée Palace Hotel* y otros semejantes, saben llevar una vida de opulencia y de distinción, que no se confunde con la parda presuntuosa de los varios Talagantes, como el que retratará del Solar.

El concepto universal que se tiene de París, está reconocido que es el de un formidable casino, el de un colosal establecimiento de diversiones y de placeres, la *rotisserie* de las naciones y el harén del rey Todo-El-Mundo. El París que cree, que espera, que trabaja y estudia, que ora, ese del que acaba de hablar con tanta cordura y dignidad el señor d'Haussonville, no se toma en cuenta por la generalidad que viene aquí con el único objeto de divertirse.

No hay duda de que corre por el ambiente boulevardero un soplo de lujuria perenne y que todo convida al amor y a la alegría; pero hay mundos apartes que son Eldorados para el artista, para el estudioso y para el piadoso.

Sin embargo, la influencia del medio, del aire de oro perfumado, del aliento de las invisibles rosas de este peligroso paraíso, se nota a la continua.

Jóvenes que en Buenos Aires son modelo de seriedad y de religiosidad, en cuanto llegan aquí se coronan de flores y se levantan a las dos de la tarde.

Viejos graves, padres conscriptos, severos funcionarios, se embarcan en la barca de Watteau en viaje a Citeres. ¿Quién se asombra de eso? ¿No son sabidas las incursiones periódicas del simpático rey Leopoldo por causa de las gracias tangibles de *mademoiselle* de Merode, que Falguiere consagrara en mármol? Así las blancas manos están hechas a dejar sin una sola pluma todos los palomares internacionales, y más de un gallo criollo ha tenido que volver a América a rehacer su fortuna. La galantería costosa, las señoritas de *chez Maxim's* exigen presupuestos imperiales y reales. El joven *chic*, el joven *bien*, necesita diariamente, si quiere estar en buen pie, una buena compañía de billetes azules, que tomarán el vuelo a los compases de la *Valse Bleue*... Para esto hay que competir y luchar con los lores ingleses, los príncipes rusos, los millonarios yanquis; y por muy fuertes que sean *nuestras* fortunas, a pesos papel, apenas se podrán percibir aquí en esas justas con accionistas de la Chartered y reyes de algodón, auténticos maradjkaes y legítimos mandarines. Cuando el *sport* se mezcla en el asunto, la gravedad se multiplica. Para figurar entre los primeros *sportsmen* de París, echad números...

Suele acontecer también, y es más frecuente de lo que pudiera creer que los extranjeros, y particularmente los hispanoamericanos son despellejados de otra suerte. Por tener de amigo íntimo un conde, —“¡oh, mi querido conde!”— o un marqués, —“¡oh, mi querido marqués!”— suelen caer en las trampas más absurdas. Hay un noble de estos, que circula entre la colonia de Hispanoamérica, y que no hace mucho tiempo estuvo preso por ofensas a la moral... Su nombre, con todas sus letras, apareció en los diarios. Se le hicieron algunas reconvenciones y preguntas en los círculos que frecuenta, se dio tales o cuales explicaciones, y continúa tan campante y fresco. Otro noble, de apellido algo italiano, acostumbra a traer a su elegantísimo departamento a caballeros criollos que juzga exprimibles, y acontece que les deja casi siempre sin jugo. Leed lo que dice un reciente periódico muy informado en esta clase de asuntos.

“¿Conocéís el *Silvio y Besco*? Es un juego muy boga en el Poloponeso, y que consiste en una minúscula ruleta, que el banquero tiene en la mano, y cuya aguja haciendo oficio de bola, es movida por un resorte.

En una avenida próxima a la Estrella, el conde de X... reunió estos últimos días, en su lindo entresuelo, la crema de la colonia argentina, incluso el hijo de un ex Presidente de esa república.

Se jugó al *Silvio y Besco*. La partida fue interesante, las apuestas soberbias, tanto que el hijo del ex Presidente de la República Argentina perdió trescientos mil francos.

El joven hidalgo pagó su deuda de honor, pero como hombre de *esprit*, exigió del conde X... que le regalara la famosa ruleta, como recuerdo de tan memorable *déveine*: el bonito instrumento estaba cargado...”.

Como aquí todas las cosas suelen exagerarse y tomar caracteres novelescos, suprimamos que sea el héroe un hijo de ex Presidente argentino, y reduzcamos la cantidad a una suma no tan fuerte. El hecho debe ser conocido y meditado

por los jóvenes *bien* que deseen venir a gastar su oro y gozar de los cuatro vientos de París.

Nuestros jóvenes alegres que se divierten cotidianamente, tienen sus puntos señalados. Allá en el bosque, los clásicos Armemonville, la Cascada, etc. Aquí, en el centro de París, y por la noche, el impagable Maxim's, el Americano, el Café de París. Allí concurren todas esas damas del batallón de Citeres, bellas, adorables, la mayor parte estúpidas, con las manos hechas un escaparate de joyería, provocantes, soberbias, o macabras. Allí se charla, se cena atrocemente caro, se goza, se renueva la antigua vida pagana y la eterna figura goyesca de la hembra y el muñeco. Allí van insultantes de gracia mala y de riqueza enferma las varias cortesanas de apellido español, las varias yanquis; las muchas de nombres heráldicos en el armorial del placer parisiense, y que figuran en las crónicas del *Gil Blas* y reinan en todas las fiestas de la capital en celo.

Mas no solamente los hispanoamericanos tienen representación en los lugares de placer, en las casas de los modistos y los elegantes cotillones. Hay familias religiosas que oran, y ejemplos de piedad que turban. De ese modo ha hecho de su existencia un extraño poema la dulce e ilustre damita de Buenos Aires que no hace mucho tiempo, entre la gloria babilónica de la Feria que clama los triunfos y goces del siglo; entre los palacios de todas las naciones, los colores de todas las banderas y los cantos y danzas de todas las razas, fue una mañana fría, en un barco del Sena, a tocar a la puerta de un convento, a ofrecer a Dios sus cabellos y su belleza joven, y su vida. ¿No creéis ver en esto evocado uno de esos casos de la vieja vida cristiana, entre las victorias de Roma, que pueden hallarse en Evagrio del Ponto o en Fra Domenico Cavacla? Buen número de familias hispanoamericanas iba también el otro día, en una peregrinación internacional en que el estandarte de García Moreno fue saludado con harto entusiasmo por un bravo sacerdote.

Y entre tanto, en su estudio ginecológico trabajaba la doctora argentina; en el salón figura el pintor argentino; el médico argentino está allá con el sabio de París, aprendiendo, orando con las manos, con el cerebro, con la cuchilla. Se va a la misa de la ciencia y al sermón del arte. Hallan su refugio los estudiosos y los estudiantes. Se cumple con el deber de la labor y del entusiasmo. Hay quienes buscan el diamante de verdad y de bien que hay en el fondo de la copa de rosas de París. Y después de la tarea, después de haber quedado bien consigo mismo, sabe mejor el beso de Suzette o de Suzzon.

La vida intelectual es difícil y áspera. Nuestros jóvenes de letras que sueñan con París, deben saber que la vorágine es inmensa. Se nos conoce apenas. La literatura nueva de América ha llamado algo la atención en algunos círculos, como el del *Mercure de France*, pero como nadie sabe castellano, salvo rarísimas excepciones, nos ignoran de la manera más absoluta. Los nombres hechos, las famas adquiridas se respetan, y las personalidades son acogidas con deferencia. Pero no se hace diferencia entre el poeta de Finlandia y el de la Argentina, el de Japón o el de México. Fuera de estudiosos admirables, como Remy de Gourmont, que observa la evolución de nuestra lengua, y la producción mental nuestra, no se ocupa nadie en tales tópicos, como no sea Finót, en la *Revue de*

Revue, que encarga estudios como el de *La novela en América Central*... Verlaine hacía creer que conocía el español, y no sabía sino decir: "no hay mal que por bien no venga" y "A batallas de amor, campo de pluma". Moreas, de quien se anunció una traducción de Calderón, no entiende nada; y lo único que sabe, es lo que me dice cada vez que me saluda: "¡don Diego Hurtado de Mendoza!". Y se queda tan fresco. Así, pues, sonreíd cada vez que leáis en *El iris decadente* o en *La estrella tropical*: "El eminente poeta hispanoamericano don Fulano de Tal, tan conocido no solamente en América y España, sino también en París, etc...".

Y, ¿España? España no tiene mejor suerte que nosotros. Aquí de España, ¡Olé! Y se acabó.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 19 de agosto).

LA FUERTE ALEMANIA

París, 14 de agosto de 1900

Parece que al amparo de este ambiente de paz humana que circula en el recinto de la exposición, se renovase el clásico saludo que tanto complacía el alma de Víctor Hugo: ¡*Ave, Germania mater!* ¡*Ave Gallia regina!* Alemania triunfa en el gran certamen y deja una vez más constancia de su fuerza en el concurso de todos los pueblos.

No se ignora que esta nueva victoria se debe en gran parte a la iniciativa del Emperador, uno de los pocos príncipes conductores de naciones que tengan conciencia de su misión en el concepto antiguo, una de las pocas testas coronadas que se acuerden del derecho divino, en esta época del Japón parlamentario y del Vaticano contemporizador con la república. Este monarca original cuenta con simpatías aun en la misma Francia, sobre todo hoy que sus flirteos con la eternamente deseable Mariana son más que flagrantes. La última señal ha sido el envío, el magnífico pabellón alemán, de las obras pictóricas francesas que pertenecieron al gran Federico. Algo hay de común entre el actual Emperador y el amigo de Voltaire. Vestido como un ilustre antepasado recibió en Potsdam al pintor Menzel, en una fiesta memorable. Su literatura, su *diletantismo* son conocidos. No sé si toca la flauta, pero compone música y versos y dibuja cuadros simbolistas.

Uno de ellos adquiere en estos momentos una seria realidad. El Budha del "peligro amarillo" se hace recordar, allí en China.

Dicen que ha venido Guillermo, ocultamente, a ver la exposición. Si no fuese por la locura chauvinista, por la explosiones del irreflexivo nacionalismo, ya se vería en pleno París, saludando las conquistas pacíficas de la república, el casco del Káiser. Él ha tenido en esta ocasión también el orgullo de demostrar que Alemania es fuerte y potente no tan sólo en las campañas, sino en el desarrollo de su trabajo, de su producción, de su riqueza. Al fin de la centuria,

la perspectiva de lo logrado es hermosa y alentadora. El progreso es continuo y sólido. El imperio teutónico aumenta sus elementos de vida. La palabra de Ernest von Halle, al hacer el resumen de la grandeza nacional no puede ser más noblemente orgullosa:

“Un vigor nacional, dice, sin cesar creciente, se manifiesta por el aumento continuo de una población siempre más laboriosa, por el mejoramiento incesante de las condiciones económicas, por la calidad cada día mayor de las grandes masas que consumen más y más; una industria bien organizada y a la altura de la misión que le incumbe, aspirando por un haz razonado de grupos y asociaciones, a dotar la vida económica de una sana fijeza; tentativas serias para llegar, por medidas racionales, a sacar a la agricultura de la situación crítica en la cual el desarrollo de la economía general la ha relegado; una inteligencia siempre más clara de las misiones que la era de las máquinas impone a los particulares, a los grupos, a las clases y a las masas populares para procurarse un material que responda a las necesidades de la hora presente: otros tantos factores que manifiesten la situación económica y social del pueblo alemán al final del siglo”.

Ni creáis que ese orgullo se basa tan sólo en el adelanto material y económico, en usinas, talleres, fábricas y vastas manufacturas. Ese país de hombres reflexivos ha amacizado los fundamentos de su existencia moral con la ordenación de un sistema educativo de primer orden.

“La nación, dice el escritor que he citado, con un paso robusto y sano, sigue la ruta que conduce hacia conquistas de la más noble esencia: la inteligencia del arte, el gusto artístico, la cultura intelectual”.

Vea las repúblicas americanas tan alto ejemplo y medite la juventud la palabra del joven, sereno y luminoso meditador de la “Vida Nueva”. Esos fuertes y prácticos alemanes se enorgullecen de que el siglo que tuvo como astros en su nacimiento a Kant, a Schiller, a Goethe y Beethoven, Stein y Scharnhorst, y en su mitad a los dos Humboldt, Gauss y Liebig, Bunsen, Mommensen y Virchow, Federico Krupp y los Siemens, Ricardo Wagner y Brahams, Menzel y Leubach, se mantenga al final en una vía de victorias mentales, después de las que sus ejércitos han logrado en las funciones duras de la guerra.

Todo el rico pabellón es obra tudesca. Al subir por las escaleras de mármol bávaro del *hall* principal, llaman la mirada las decoraciones de los muros, las esculturas en madera. En los salones de recepción todo está ordenado con verdadera conciencia, y hay un gabinete que reproduce con toda exactitud la biblioteca del gran Federico en Sans-Souci. La colección de cuadros franceses es inapreciable. Aquel singular monarca, único caso de *dilettantismo* cesáreo en toda la historia, según Goncourt —que no alcanzó por otra parte las artísticas empresas del actual Hohenzollern coronado—, aquel singular monarca era, como sabéis, apasionado por las cosas de Francia.

De su frecuentación salió la peluca de Voltaire, predestinada para servir más tarde de nido al ruiseñor Enrique Heine. De Potsdam han venido los cuadros, del Nuevo Palacio, de Sans-Souci, junto con muebles y esculturas.

Allá se pueden admirar, en tierra germánica, las decoraciones de Antoine Pesne. Watteau, Lancret, Chardin, tenían artísticamente alojamiento de príncipes. El gusto de Francia invadió Rheinsberg, Berlín, Charlottembourg. Es admirable en la historia ese coronado viejo férreo que comunicaba con d'Alembert, con d'Argeus, con los grandes trabajadores de la Enciclopedia, gustaba de las alegres comidas palatinas y descifraba partituras, flautista, en ese mismo atril que todos podemos hoy ver en el salocinto reconstruido del palacio alemán de la exposición.

Luis XV le envió estatuas de Pigalle, y a su llamado fueron Van Loo, Tassaert, Adam. "Los hermanos y hermanas de Federico, escribe Paul Seidel, estaban animados de los mismos sentimientos artísticos; el príncipe Enrique sobre todo, compartía su predilección por el arte y la cultura de Francia; él mismo fue dos veces a París y de allá trajo preciosas porcelanas y magníficas tapicerías que el rey de Francia le había regalado. Entró en relaciones con artistas parisienses, principalmente con el célebre escultor Houdon y con Mme. Vigée Lebran, pintora de gran talento que vino a verle a Rheinsberg cuando su emigración". No todo el tesoro del siglo XVIII que hay en Alemania ha podido venir a la fiesta universal a pesar de los transparentes buenos deseos de Guillermo II. Muchas obras de primer orden se han quedado en la imposibilidad de poderlas remitir. Con todo, los amantes del exquisito Watteau, encontrarán *L'amour a la campagne*, la deliciosa *Legen d'amour*, *La dance* y *Les Bergers*.

No ha podido venir, por ejemplo, *L'embarquement pour Cythere*, que ilustraría la lira galante del divino Verlaine; pero los parisienses se consuelan con que el otro cuadro igual que aquí existe en el Louvre, tiene en opinión de buenos jueces, mejores condiciones. De Pater, que deriva de Watteau, hay unas ilustraciones de la *Roman Comique* de Scarron y entre los seis cuadros suyos expuestos, el considerado como la joya real de su obra, la *Fête en plaisir*. De Chardin, cuya memoria han cantado recientemente fervorosos adoradores, hay dos obras muy conocidas, *La Ratisseuse* y *La pourvueuse*, y el famoso *Dessinateur*. Hay diez Lancret, entre ellos dos comprados a los herederos del príncipe de Carignan por el conde de Rottembourg, *Réunion dans un pacillon* y *Le Moulinet*. Se ve también un retrato de la Camargo, entre otras telas, y la *Danse a la fontaine de Pégase*. No puede uno menos, entre estas obras que representan el gusto artístico, las elegancias y las gracias de aquella época, dejar de recordar a los hermanos Goneourt, que en esta sazón gozarían momentos de sumo contentamiento estético y serían los cronistas, comentadores y descriptores obligados. Otras cuantas telas, firmadas por Coypel, Troy, Antonio Pesne y Van Loo, completan el imperial envío en lo que respecta a la pintura. Las obras escultóricas no pudieron venir, porque sus dimensiones no hacían fácil el transporte, y corrían peligro en el viaje.

Pero hay varios bustos: el "Carlos XII de Suecia" de Bouchardon, el "Neptuno" de Adam, el "Richelieu" que se atribuye a Girardon, pero que Seidel cree de Bernini; el "Príncipe Enrique" de Houdon, y de este mismo maestro, el "Voltaire" de quien sabéis hizo también la magnífica estatua que ha estado

por tanto tiempo en la quemada *Comedie Française*, y que, felizmente, fue una de las cosas que se salvaron primero del incendio. Voltaire sonríe, pues, al lado del gran Federico, en el pabellón que ha hecho levantar Guillermo, y su sonrisa da lugar ahora a diversas interpretaciones de los franceses suspicaces.

La industria alemana, el comercio alemán, alzan en alto su palma de triunfo.

El arte propio tiene también cumplida representación en la selva de estatuas y en el océano de pinturas del Gran Palacio, y en el mismo pabellón, con la exposición de la industria del libro y del arte del libro, pues no se olvidan que han tenido a Gutenberg. Un volumen aparte podría escribirse sobre cada sección alemana. Alemania trae el concurso de sus ciudades artísticas, pues no existe allá como en Francia un movimiento intelectual centralizado en la capital de la nación. Como la ciencia se promulga en distintas universidades, el arte se practica y se predica en distintos puntos que, fuera de Berlín y Munich, se llaman Dresde, Stuttgart, Dusseldorf, Carlsruhe, Weimar. Y hay que admirar esa corriente vital de arte que se muestra desde osadas realizaciones escultóricas hasta la caricatura nueva, llena de vivo sentido, de pintoresco y de inesperado. Son esfuerzos, son ensayos, si gustáis, en la constitución de un arte nuevo nacional en el siglo que termina, pero son potentísima demostración de energía y de voluntad. Alfred Lichtwarck al concluir su interesante informe, expresa: "que si bien se ha estudiado cuidadosamente y utilizado en trabajos preparatorios los materiales existentes, no se ha llegado a agotar el contenido de la época ni a atribuir a cada uno el lugar que le conviene definitivamente. Esta rica materia es muy poco conocida y muy poco trabajada".

Los maestros conocidos que han trabajado y enseñado en las academias, están lejos de haber agotado el contenido. Por todas partes, aun en las ciudades académicas, han trabajado artistas que hoy están completamente olvidados como si hubiesen vivido en el siglo xv, y que en el porvenir estarán colocados al lado y antes de muchos artistas considerados hasta hoy como maestros. Por todas partes en donde se ha rebuscado el arte local en estos últimos años, se ha encontrado de esos artistas que su género especial impidiera hacerse un lugar en las condiciones existentes. Casi todas esas fuerzas que podrán sin duda ser consideradas en lo porvenir como los representantes del arte alemán en el siglo xix, han creado fuera del arte académico oficial. Si en París, en donde todo se condensa, los espíritus originales han estado en contradicción con el arte popular, en Alemania sucede lo mismo, y en mayor escala, pues se tuvo que combatir con dos especies de enemigos, el uno, activo, de una resistencia vigorosa; el otro, casi imposible en París, con armas más peligrosas, el silencio y el olvido. En París la vida ambiente se observa a la continua y con exactitud; el alemán se ocupa aun demasiado del arte y de la vida en el extranjero, para que no se le escapen a menudo cosas importantísimas que pasan en su inmediata vecindad. No ha llegado el tiempo aún de reunir los nombres de esos olvidados y de esos desdeñados. Cuando se haya acabado de laborar ese vasto campo, la historia del arte alemán en el siglo xix sacará a la luz otros hombres y otras obras. Pero no por eso se empobrecerá. A pesar del

número crecidísimo de circunstancias que han detenido y desviado los esfuerzos, cuando se cuenten los grandes, Alemania podrá alzar la cabeza con orgullo al lado del arte francés y del arte inglés.

Allá en el palacio de los Campos Elíseos, una legión de pintores instala, al lado de las obras claramente académicas, los esfuerzos de un genio joven y anhelante. Menzel, el "Consejero íntimo", el cultivador del Gran Federico, está representado por dos *gouaches*: *Envagón* y *Boulangerie fine a Kissingen*, y por dos dibujos. En cambio Lenbach, mirado como el rey del grupo teutónico, a enviado cinco retratos, y Liebermann un cuadro de gran mérito, que ha mandado la pinacoteca real de Munich. Y entre los "modernos" el poderoso Hans Thoma, y la brillante falange de sus compañeros. Entre los escultores exponen Eberlein Beerman, Hildebrand, Rümman, Kaufmann y otros tantos. El arte decorativo, que cuenta con tantos cultivadores de talento eminente en Alemania, ha consagrado en esta primera vez que se presenta al juicio universal, el trabajo de años de estudio y de constancia artística. Raza meditativa, raza que cree en la virtud de la música, raza de filosofía y de seriedad, exenta de la sonrisa latina, tan peligrosa para los descorazonamientos y tan desalentadora aun de las mismas tareas geniales, raza que cree en sí misma, logra, apoyada en su voluntad y en su método, los laureles más envidiables y estimulantes. Francia misma que no puede borrar los terribles recuerdos de los pasados choques, lo reconoce, y en esta celebración de paz y de labor comunes a todas las naciones civilizadas de la tierra, tiende la mano para estrechar la de su enemigo de ayer y premia el trabajo y los triunfos del espíritu y del brazo alemán.

(*El Mercurio* de Valparaíso, 14 de octubre de 1900).

